



Nadie se atreverá á poner en duda la importancia de los monumentos, si se atiende y considera cuánto puede y significa el entusiasmo del corazón humano y del pueblo para esculpir en caracteres indelebiles, y dejar señaladas en pos de sí las huellas de sus pasos por la carrera de la vida, bien signando el humilde y solitario pastor su ignorado nombre en la corteza del árbol secular, bien haciendo montones de piedras, que los soberbios reyes hicieron transportar sobre las espaldas de negros esclavos, bien consignándolas en tablas y depositándolas en archivos públicos, como los hebreos, bien levantando estatuas ó trofeos modelados según el arte propio de cada civilización. Las moles egipcias, los ipogeos indios, los restos de antiguas ciudades, las necrópolis, los restos humanos hallados bajo las antiguas capas de la tierra, los trajes, los vasos, las ánforas, los anillos, las armas, las monedas, las espuelas, las corazas, las pesas y medidas, los restos de coronas, las joyas, los adornos, todo ello, en fin, revuelto y confundido entre el polvo de la tierra, á la larga de los siglos, descubierta por el investigador ó por el brazo laborioso del hombre, nos atestigua numerosa serie de hechos de la vida del pasado.

Ciudades hubo en lo antiguo que tenían sus plazas y sus calles llenas de estatuas de semidioses y de héroes; naciones é imperios que tenían coronadas sus montañas de templos dedicados á los dioses; monumentos todos, que aun examinados al través de la investigación entre

RIMER.—*Fœdera conventionesque*.—Londres, 1714-27; diez y siete tomos en folio.

SAINT-PRIEST.—*Hist. des Traités de paix du XVII<sup>e</sup> siècle*.—Amsterdam, 1725; dos tomos en folio.

*Negotiations secretes touchant la paix de Munster et d'Osnabruk*.—Haya, 1824-25; cuatro tomos.—Todas estas obras forman la colección que se denomina del *Cuerpo diplomático*. A ella se refieren tambien las anteriores.

DUMONT.—*Le corps universel et diplomatique du droit des gens; ou Recueil des Traités de paix, alliances, etc., faito en Europe depuis Charlemagne jusqu'à present*.—Amsterdam, 1726; ocho tomos.

*Supplement au Corps diplomatique par*.—J. DUMONT et J. ROUSSET.—Ib., 1739; tres tomos.

BARBEYRAC.—*Histoire des anciens traités jusqu'à Charlemagne*.—Amsterdam, 1739; dos tomos en folio.

el polvo de sus ruinas, sirven para iluminar el camino de la Historia.

Los hechos indubitables narrados en el *Antiguo Testamento*, declaran estas tradicionales costumbres de los pueblos primitivos. Jacob erigió la piedra de Betel como monumento del pacto con Dios, y un monton de guijarros señaló el paso de Jordan. La arqueología, pues, como ciencia, ó el estudio de los monumentos de la antigüedad, no es nueva, puesto que exéjetas y misagogos antiguos nos demuestran el afán y celo con que así estos, como los sacerdotes del Egipto y la tribu de Leví, en el pueblo hebreo, conservaban la memoria de las tradiciones y monumentos antiguos, reservándose por lo tanto en todo caso los honores de su cultura para Italia, no los honores de la creación de la arqueología, como pretende el gran César Cantú, atribuyendo á Dante, á Petrarca y á Nicolás Rienzi, á quienes tanto en verdad debe la ciencia, el desarrollo de ella. Lorenzo el Magnífico estableció una cátedra de arqueología, que inspiró á Winckelmann la idea de unirla á las Bellas Artes, y de donde Montfoucon y el conde de Caylus concibieron el modo de sacar provecho de los monumentos y ordenarlos; Demsterio, Passeri y Lanzi, resucitaron la Etruria; y entre todos ellos se colocó en primera línea Ennio Quirino Visconti.

Sin embargo de los poderosos auxilios que las ciencias antes mencionadas prestan á la Historia, esta no carece de impugnadores, y aun á las veces ha de confesarse á sí misma vencida, sin llegar á una certeza absoluta en la narración de los hechos. No ha influido ménos en el estado actual de algunas verdades históricas la tendencia filosófica de algunas escuelas, que, fundadas en el más grosero escepticismo, reniegan de los hechos y de la crítica en general, sin rendir su frente al imperio de las conclusiones científicas, y estimando en poco el sello histórico de innumerables instituciones, hechos, memorias y tradiciones del pasado. «Debe, pues, la crítica, dice un ilustre autor, inquirir los hechos con un criterio racional, desechando los que repugnen á la naturaleza de las cosas; penetrar lo que tienen de simbólicos y lo que los hace oscuros ó repugnantes; revestirse



de las opiniones de cada época y de cada escritor; conceder la parte correspondiente al temor, á la adulación, al espíritu de partido; poner, en fin, en la balanza á los detractores y panegiristas;» sin olvidar, añadiremos por nuestra parte, que la veracidad en el historiador es el primero de sus deberes, y ante el cual no cabe sino la ley eterna de Dios, que ninguna otra puede ser superior en la narración de los hechos de la vida de la humanidad. Ciertamente que, sin crítica, es la Historia como un ciego que sirve de guía á otro ciego, puesto caso que los acontecimientos históricos necesitan luz que los ilumine y palabra del pensamiento humano que preste la verdad científica.

Los conocimientos históricos necesitan á la par apoyarse en el auxilio de dos poderosas ciencias, siendo estas la *Cronología* y la *Geografía*.

La cronología, palabra compuesta de dos griegas, *chronos* y *logos*, es la ciencia que tiene por objeto la medición exacta del tiempo en diversos países y la distribución de los hechos históricos en el curso de los siglos. «No es esta por cierto, dice un escritor (1), la acepción ordinaria que circunscribe la acción de la Cronología á registrar los anales de la vida de la humanidad; apreciación incompleta, puesto que no abraza el exámen de la medida del tiempo entre los diferentes pueblos de la tierra, ó sea la parte técnica que ha valido á la Cronología el precioso diploma de ciencia exacta, por su relación íntima con la astronomía y con las matemáticas.» La cronología comienza á presentarse en Grecia en la época de Herodoto, padre de la Historia, que se sirve de ella como de una antorcha, para iluminar las densas tinieblas en que se halla sumida la infancia de las sociedades antiguas, y para no extrañarse en el insondable caos de las tradiciones, fábulas y exageraciones con que los pueblos nacientes gustan de engalanar su cuna. Desde entonces, los astrónomos y los historiadores contribuyeron, aunque paulatinamente, al desarrollo de la cronología, y en los siglos medios hubo de estacionarse, merced á las interminables controversias de los computistas, y á la multitud de ana-

les é historias que, calcados sobre los antiguos, redactaron los cronistas hasta últimos del siglo XVI, en que apareció el verdadero fundador de la ciencia, José Scaligero. Secundáronle poderosamente en su grande empresa Petan, Usserius, Bossuet, Freret, los monjes de San Mauro y otros sábios, legando á la cronología títulos suficientes para conquistar el elevado puesto que hoy ocupa. Dedúcese la importancia notoria de la cronología de la idea del tiempo como condición esencial y necesaria para el desarrollo y desenvolvimiento de la vida humana, siendo necesaria su apreciación, así para los actos de la vida individual y privada, como para la más elevada y respetable transacción de la vida pública; que los días, meses, años, siglos, eras y demás períodos cronológicos, han sido y son el resultado inmediato de la situación religiosa y política de los pueblos, y que su conocimiento es indispensable para escribir la Historia de estos; que los calendarios, expresión de la teogonía poética y nacional, recuerdo indeleble de sus triunfos é infortunios, sirven con frecuencia para explicar las tradiciones y las costumbres perfectamente arraigadas, para desentrañar el origen de trascendentales instituciones.

La Historia, apoyada en su libro, contempla diversos monumentos, que el tiempo, despojado de su velo, no puede ya ocultar. Tiene en una mano su pluma, y en la otra el hilo de la cronología, que un genio infantil le presenta, mientras otro genio niño sustrae con avida al tiempo el opuesto extremo del hilo, apoderándose un tercer genio de las actas, títulos, cartas, etc., en el instante mismo que otro descubre el velo que los ocultaba. Hé aquí la explicación alegórica de la cronología, que hacían los benedictinos al frente de su monumental obra (1). Alegoría tan elocuente como exacta, puesto que la cronología caída del ala de Adrianna, de que nos habla la Mitología, ha servido y sirve de guía á los que se aventuran en su enmarañado laberinto.

No ménos elocuentes son las palabras del célebre Bossuet, quien dice hablando de la utilidad de la cronología: «Así como al contem-

(1) D. Baltasar Peon, *Cronología Universal*.

(1) *L'Art de verifier les dates*.





plar un mapa universal salís del país que os vió nacer, el lugar en que morais, para recorrer toda la tierra habitada, atravesándola con el pensamiento en su conjunto de mares y de mundos, así al estudiar un compendio cronológico traspasais los reducidos límites de vuestra edad y abarcaís con vuestra mirada el vastísimo horizonte de los pasados siglos.» Estas palabras sin duda sugirieron la idea de hacer mapas cronológicos, que á semejanza de los geográficos, ofreciesen á la vista el origen y vicisitudes de los diversos pueblos antiguos y modernos.

Bajo dos puntos de vista podemos estudiar la cronología, ya como preparacion para el estudio de la Historia, ya como complemento de sus enseñanzas; en el primer concepto, sirve para delinear los horizontes de la civilizacion de los pueblos y facilitar el estudio de la marcha progresiva que al través de mil cambios y vicisitudes han sufrido en la marcha de sus destinos providenciales; en el segundo concepto, el estudio de la cronología, si bien es de más notoria importancia, también es de suyo más complicado, puesto que se trata de estudiar el espacio de tiempo de varias generaciones y pueblos, confundidos los unos con los otros, unas veces en envidiable paz, otras en ensangrentadas luchas, y siempre en constante accion y movimiento; cuadro maravilloso, pero de difícil estudio, que exige profunda y meditada atencion en la cronología, si ha de producir excelentes resultados en su aplicacion á las demás ciencias. «Y en efecto, la cronología, segun nuestro compatriota D. Baltasar Peon, en su obra tan apreciable como olvidada desgraciadamente en nuestro país, es un precioso talisman que nos inviste del mágico poder de evocar toda clase de recuerdos; es un agente poderosísimo que encadena como la electricidad los polos opuestos, que hace surgir de la tumba los hombres á quienes deseamos ver, que provoca la realizacion de los más remotos acontecimientos; y todo ello se consigue con pronunciar una sola palabra, con enunciar una sola fecha. Formulad, si no, un número, pensad en una época determinada, el año primero de la era cristiana, por ejemplo, y la re-

generacion moral y social del mundo, la emancipacion de los esclavos, la elevacion de la mujer, se asociarán naturalmente á la idea del nacimiento del Redentor. Dirigid la vista hácia el año 476, y asistiréis á la regeneracion física de las ciudades, representada en el derrumbamiento del más poderoso imperio de la antigüedad, y el establecimiento de los fundadores de las nacionalidades europeas. El año 622 os anunciará en la *Hegira* de Mahoma el origen de un potente pueblo que influyó sobremedera en el destino de las naciones en la Edad Media, y especialmente en el de nuestra patria. Recordad el año 1517, y la bula de León X, ocasion de lamentables disputas sobre las indulgencias, y la predicacion de Lutero, os indicarán que la reforma religiosa empieza á abrirse paso.

» Y si vuestro pensamiento, salvando el estrecho círculo de un año, minuto en la vida de la humanidad, abarca un período mayor; si meditais sobre los acontecimientos del siglo XV, por ejemplo, ¡qué magnífico panorama se presenta á vuestra vista! ¡qué variedad de cuadros se desarrolla ante vosotros! El cisma de Avignon; las correrías de Tamerlan á la cabeza de sus mogoles; la extincion de las facciones güelfa y gibelina; la heroica intrepidez de Juana d'Arc en lucha por la independencia de su patria; la caída del imperio de Oriente; el reinado de Fernando é Isabel la Católica; la conquista de Granada, último baluarte de los moros en España; Cristóbal Colon y su Nuevo Mundo; el precioso invento de Guttenberg, y otros sucesos trascendentales, sugieren acertadas reflexiones, haciendo ver la conexion que hay entre la existencia de los diversos pueblos, señalando la marcha constante y progresiva de la civilizacion á través de las más espantosas catástrofes, á pesar de los obstáculos que se oponen á su paso, á despecho de las inmensas ruinas en que parece destinada á sepultarse.»

Otra de las ciencias que auxilian poderosamente los estudios históricos, es la Geografía, á la cual apellidaba Vacon, en union de la Cronología, los ojos de la Historia. Todos los pueblos antiguos han dejado volar su fantasia al trazar el plano de sus primeros moradores,



pareciéndoles estrechos los límites y contornos que muchas veces realmente ocuparon, para dar de este modo mayor ostentacion á su pasado histórico. Depurada la geografía de sus fabulosos orígenes, ha llegado á alcanzar un carácter de geografía histórica, acomodando ya las variaciones de todos los pueblos, así antiguos como nuevos, á límites fijos y matemáticamente señalados. No fué seguramente desconocida para los antiguos, pues no solamente los hebreos, sino los egipcios, indios, chinos, medos y persas, nos ofrecen numerosos estudios astronómicos, relacionados con la cultura de la geografía; contando hoy la ciencia con obras tan completas en esta materia como la de Malte Brun, Urville, Ritter, y especialmente el exámen crítico de la geografía de Humbolt.

Como complemento de la cronología y de la geografía, la astronomía, ciencia de la medida y de los cuerpos celestes, ha prestado útiles auxilios. En todas las épocas ha tenido algo de divino; en la primera fué cultivada por los sacerdotes, y por la misteriosa relacion de la pequenez del hombre y la grandeza de los astros que contempla, fué siempre como venerada en los tiempos del paganismo. Los fenómenos celestes que tanto llamaron la atencion en las precipitadas épocas, imbuyeron quizá á sus observadores ideas supersticiosas; creyeron ver en ellos un poderosísimo agente ejerciendo notorias influencias, favorables ó adversas al destino de los pueblos. Basta recorrer las páginas de la edad antigua y las leyes paganas de aquellos pueblos, para encontrar ejemplos repetidos de esta verdad, especialmente cuando se realizaban terribles invasiones, destruccion de imperios y demás catástrofes que alteraban la faz de la tierra. Lidia y Babilonia, Persia y Grecia, la república y el imperio romano, nos ofrecen impregnados sus anales del pánico que los grandes trastornos de la naturaleza les inspiraba, y de las preocupaciones que mantenian, y de las extrañas resoluciones que provocaban (1).

(1) Un eclipse total del sol puso fin, segun Herodoto, lib. I, á un combate entre Halyates, rey de Lidia, y Cijares, rey de Persia.—Otro, también de sol, espantó en el año 480 (a. de J. C.) á Cleombroto, rey

Los críticos de los siglos medios nos ofrecen también el maravilloso influjo que ejercieron los fenómenos de la naturaleza y sus apreciaciones por los astrónomos y astrólogos, creyendo ver escritos con manifiestas señales en la ráfaga de los cuerpos celestes, en los eclipses, terremotos, etc., sentencias siniestras de maldicion para la humanidad. Natural era que la relacion de estos fenómenos pasase á la Historia con todas sus circunstancias, y con la expresion de los temores que infundian, de las esperanzas que alentaban y de los resultados que se le atribuian. Así vemos que los historiadores y filósofos, los literatos y demás escritores de aquellas edades, consignaron en sus obras los fenómenos celestes, fijando con suma precision el día y reinado en que tenían efecto, marcando los acontecimientos con que coincidían, y todos ellos con reflexiones y comentarios que dan una idea exacta de las preocupaciones de la humanidad. Los astrónomos, sobre todo, se consagraron á hacer detenidas observaciones, con especialidad de los eclipses, que

de Persia, que fortificaba entonces el istmo del Peloponeso, como dice Herodoto en el libro IX.—Otro eclipse se realizó el mismo día en que Conon venció á los persas en un combate naval cerca de Gnido, villa de Chipre, segun consta en Jenofonte, lib. IV.—Otro causó tal terror á los romanos el año 188 (a. de J. C.) que, como se lee en Tito Livio, lib. XXXVIII, se hicieron rogativas públicas durante tres días.—Un eclipse total de luna, acaecido el año 14 de J. C., algunos días despues de la muerte de Augusto, introdujo grande espanto en el corazón de las legiones de Panonia, que se habian sublevado, como aparece en Tácito, lib. I.

Muchos prodigios pudiéramos citar en apoyo de nuestra asercion, además de los eclipses. En las historias todas de los antiguos pueblos abundan los hechos maravillosos: basta leer la de Roma en Tito Livio, para sufrir una lluvia de piedras en el monte Albano (lib. I, cap. XXXI), en el reinado de Tulo Hostilio, y oír una voz que ordenaba á los habitantes de Alba continuar las ceremonias sagradas del rito antiguo, prodigios que provocaron la celebracion de sacrificios durante nueve días para aplacar á los dioses.

El año 293 de Roma (Tito Livio, lib. III) se vió el cielo cubierto de fuego, hubo grandes terremotos, habló una vaca, cayó una lluvia de trozos de carne, y para hacer cesar tan pavorosos prodigios, fué preciso instituir ferias durante tres días. (Peon, página 54).





los explicaron según los conocimientos que poseían, y legaron tan preciosa ofrenda á la posteridad. Los eclipses ejercen notable influjo como fuentes de la cronología, sirviendo para fijar demostrativamente los momentos en que se realizaron sucesos importantes; y por su naturaleza pueden aún comprobarse con escrupulosa exactitud. Las tablas astronómicas de cada siglo, dan por resultado indicaciones de gran precio para la cronología antigua (1).

La geología, la paleontología, la etnología, la teogonía, la economía, la estadística, las ciencias naturales y las Bellas Artes, son ciencias que auxilian asimismo poderosamente los conocimientos históricos; analizando las capas de la tierra, estudios que tanto privan al presente, y resucitando las especies que en el estado fósil encierran; examinando las modificaciones que las razas humanas sufrieron en el curso de los siglos; fijando con la mayor exactitud el origen del mundo y sus revoluciones sucesivas; tratando de averiguar la extensión de los días de la Creación; estudiando las creen-

(1) Confucio, en su libro *Tchunt-Sieou*; Lucius Tarrutius de Ferme, célebre matemático; Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Plutarco, Polibio, Eusebio de Cesárea, Aristófanes en su comedia de *Las Nubes*, Ovidio, Virgilio, Julius Obsequens en su libro *De Prodigis*, Varron, Ciceron y otros escritores de la misma época, hacen citas de eclipses, que han servido de base á varios trabajos de astrónomos y cronólogos modernos, como Newton, Kepler, Manfredi, Usserius, Petan, Riccioli, Calvisius, Labbe, Marsham, Des-Vignoles, y otros que sería prolijo enumerar.

Además de los eclipses mencionados en una de las anteriores notas, que concuerdan con acontecimientos notables, citaremos algunos más en apoyo de nuestra asercion. Un eclipse de sol tuvo lugar á la muerte de Rómulo, el año 715 (a. de J. C.), según Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Ciceron y otros autores.—Un eclipse total de luna se verificó, como asienta Diodoro de Sicilia, lib. XVII, el año 311, once días antes de la batalla de Arbelas, en que Alejandro Magno venció á Darío.—De otro tambien de luna habla Plinio, lib. II, cap. XII, acaecido la víspera del día en que Paulo Emilio obtuvo una brillante victoria contra Perseo de Macedonia.—Dion, lib. XLI, hace mérito de un eclipse total ó casi total de sol el año 50 antes de J. C., por la época en que César pasó el Rubicon.—Los Fastos de Sicilia mencionan otro de sol, que tuvo lugar el 20 de Agosto del año 31, catorce días antes de la batalla de Accio.

cias y costumbres religiosas de los pueblos, el movimiento de la industria, el censo y movimiento de las poblaciones y de los imperios; los secretos de la naturaleza, y las formas externas de que el arte se ha servido para la expresión de las constantes manifestaciones de la belleza. Hé aquí, en compendiada exposición, las ciencias que, además de la revelación y de la Filosofía, son los más notables auxiliares de la Historia.

Lo que una ciencia *es* en sí misma, es lo que determiná su importancia; lo que realiza, es lo que constituye su utilidad.

La Historia es en sí misma el desenvolvimiento del reino de Dios sobre la tierra y la restauración de la humanidad, mediante su libertad y acción de la ley eterna.

Lo que realiza, que es el orden providencial en armonía con las facultades de la naturaleza racional y libre de la humanidad, el bien, en una palabra, es el objeto más sublime y grandioso de las ciencias humanas; por eso la Historia viene á recoger el pensamiento del saber como á manera de depósito santo, de arca sublime, que, conteniendo el pensamiento de Dios, el hombre le realiza y cumple mediante leyes conocidas y reveladas.

Así considerada la Historia, *es* algo grande, algo elevado, algo científico; *es* más que pura creación del hombre, *es* la ciencia de la vida puesta al alcance de la débil mirada de la criatura.

Todo el orden orgánico y sistematizado del saber humano, es sin disputa notoriamente importante para la vida, razón por la que los cultivadores de todos los ramos de la ciencia pregonan y enseñan la importancia relativa de su orden especial de conocimientos, habiéndose hecho como materia necesaria de los prologómenos de todas las ciencias, el de consignar su importancia.

En cuanto á la Historia se refiere, nada nuevo diríamos si nos limitáramos á enaltecer los beneficios que dispensa al hombre como rasgo de su importancia inmensa, ó nos limitáramos á consignar los elogios de reputados escritores. La época actual exige algo más: exige un lacónico, pero concienzudo razonamiento de la



importancia de esta ciencia histórica, arma de dos filos en la época actual; arma de negación y arma de prueba, arma ofensiva y defensiva á la par.

Por esta virtud, hemos sentado en el comienzo de esta materia el innegable é incontrastable principio, «lo que una ciencia es en sí misma, es lo que determina su importancia.»

¿Qué es en sí misma la *Historia*? Ya lo hemos dicho, y *es* ciertamente inútil volver á consignar principios ya desenvueltos. La Historia, pues, nos revela su importancia en la imperiosa necesidad que siente la humana naturaleza racional para alcanzar á satisfacer en parte, y en cuanto esté al alcance del logro de su razón, el vivo é imperioso deseo, la activa investigación de las razones, de los hechos y causas de los movimientos de la vida social acaecidos en el tiempo y en el espacio. Conocer este movimiento, esta vida de la humanidad, en sus orígenes, en su marcha, en su desarrollo, en sus consecuencias, es entrañar en el sentido y modo de ser de la naturaleza racional, es participar en alguna forma de la enseñanza que la Providencia dicta á la humanidad, y leer en los actos y hechos de la vida, en cuanto es dable al hombre, la ley eterna.

¿Qué hay de más importante para el hombre, en esta vida temporal y transitoria, que el conocimiento de la ley de Dios, y su huella, por decirlo así, en la carrera de las generaciones que pasaron y en la vía de las generaciones que viven?

La voz de Dios, enseñando al primer hombre en el primer momento de la Creación, es la misma que resuena tambien por labios del historiador divino, como para decir al hombre: «Ve la historia de mi ley y los hechos de tu libertad; concuerda tus desvaríos con mi orden, y aprende á vivir á lo largo de los siglos, no olvidando jamás mi ley y tu historia.» Moisés narra y refiere la primera historia del hombre, y esa historia es sin duda el modelo más completo, que en vano trataremos de imitar exactamente, porque aquel historiador es ministro de Dios, y nosotros somos humildes narradores de las desventuras humanas; historia, repetimos, que no es otra cosa sino la revelación del plan

eterno de Dios á la criatura. ¿Qué fuera de nosotros sin esa ley, sin esa historia, sin esa revelación? Conteste por nosotros lo que es y lo que ha sido la vida humana, sin ese hermoso faro que explica el misterio de la Creación, que alumbra las regiones del tiempo y del espacio.

Indáguese lealmente al recto sentir, y preguntese, aun al pensamiento más vulgar, si es dable desconocer la importancia suma de una ciencia así considerada. Podrá variar, como de hecho varia, el concepto de la Historia, estudiada conforme nosotros pretendemos, bajo la ley y norma de la ciencia cristiana, ó bajo la deducción é ingenio de la razón aislada; pero de todos modos, la Historia en sí es igualmente importante para el cristiano que para el racionalista: á aquel le ofrece el verdadero cuadro de la marcha del género humano, á este el cuadro que su sistema quisiera trazarle; porque como ley humana *a priori*, la Historia puede ser tan injusta como pintada por Maquiavelo, tan poética como por Herder ó tan fatalista como por Vico.

Sentada la verdad científica, por todas las diversas escuelas reconocida y por ninguna puesta en duda, vengamos á señalar en concreto, ya que ampliamente apenas bastaría un solo libro para enaltecerla, cuánta y cuán grande es la utilidad de esta ciencia de la Historia.

Lo que realiza una ciencia, es lo que constituye su utilidad; y el objeto realizado por la Historia es tan superior, tan elevado, tan digno, que estudiada en armonía con la sabiduría revelada, no es otro sino el bien, la suprema felicidad del ser humano, el bien en cuanto puede lograrse y realizarse en la vida de preparación, en la vida del tiempo, alegre ó desventurada peregrinación, según que se observen y examinen las penalidades en ella, bajo ley humana ó bajo sabia ley providencial.

La Historia nos ofrece delante el camino del bien, el concierto de la libertad humana con la Providencia, el tesoro de las inapreciables lecciones del pasado, el desarrollo del progreso humano, la ley de continuidad de las acciones, ciencias y artes de la vida, la noción práctica de la fraternidad universal, la reprobación del mal y el santo entusiasmo por todo lo bueno;





entraña la noble aspiración al engrandecimiento individual y social; pone delante de nuestros ojos de un lado, las miserias y dolores, y lágrimas é infortunios del pasado, narrados en páginas tristes; y de otro, las bellas y nobles acciones de la virtud, del heroísmo, de la grandeza moral del hombre; engrandece el círculo estrecho de lo humano, y presenta á la humanidad como hija de Dios y heredera de una patria de eterna ventura; copia, en fin, las tristes leyendas de las sepulturas del hombre, como ligándolas á su imperecedera inmortalidad, corona segura reservada á la virtud y al bien.

Narrando todos los hechos del tiempo y acortando las distancias de los siglos, la Historia nos presenta como hijos de una gran familia, cuyos pesares ó alegrías nos interesan mutuamente, excitándonos á su prosperidad con aquel vivo interés que sólo tiene su asiento en el seno del linaje humano, como peregrino que endereza sus pasos á una gran ciudad, á la hermosa ciudad del cielo, de que tan elocuentemente nos habla el sábio Obispo de Hipona.

El camino ya recorrido en las edades y épocas que pasaron, conserva en la Historia las imperecederas huellas de las acciones justas y nobles de las generaciones que pasaron, y la justicia de la palabra que narra las memorables hazañas del pasado, nos alienta é infunde ánimo para imitar y seguir aquellos dignos ejemplos, ofreciéndonos por premio la realización de nuestro bien y la esperanza de vivir eternamente en la memoria de los hombres.

Tiene bajo este sublime aspecto la ciencia histórica un carácter de comunión espiritual, de vida sin fin, que une y enlaza á las generaciones todas en un solo generoso pensamiento, en la idea cristiana de alabar perpétuamente la gloria del pensamiento infinito, los actos notables y virtuosos de los que descansan en paz, las aspiraciones de los que vivimos y caminamos con amor al bien, y la esperanza de que las generaciones venideras, más puras y virtuosas que las pasadas, entonarán constantemente un himno de alabanza al Hacedor.

De este modo la vida humana se perpetúa en las páginas de la narración histórica, se aprende á amar cariñosamente el plan provi-

dencial, haciéndonos partícipes en la vida del presente como en la vida del porvenir, de los méritos de los buenos; ideas que conciertan con la comunión cristiana, con esa vida espiritual que sólo es dable conocer al catolicismo.

Desde que esta nueva luz ilumina las espaciales regiones de la ciencia, la esfera histórica alcanza y contiene en sí todo el movimiento intelectual de la naturaleza humana, y ha desaparecido aquel frío y glacial egoísmo de la pagana antigüedad, para hacer de la tierra y de la Historia la morada digna tan solo del hombre, y la ciencia capaz tan solo de ser por él comprendida y cultivada.

Unen y estrechan estos estudios, generalizados por las ideas de la fraternidad cristiana, en tan íntimo vínculo, que esa palabra santa puesta por el padre comun en los labios de sus hijos, el *Padre nuestro*, nos hace á todos partícipes de una misma esperanza. Ya no hay griego ni romano, ni bárbaro; ya no existe más que el hombre, bajo la ley de Dios; ya la soberbia Persia, la celosa Grecia, el teocrático Egipto, las misteriosas regiones de Oriente, las generosas monarquías de Occidente, el revuelto movimiento del feudalismo cristiano, concuerdan y tienden á la sola realización de una idea, sólo pervertida y degenerada por la negación de todo lo santo, de todo lo bueno, de todo lo bello, que encierra y contiene, como depósito divino, la doctrina santa de Cristo.

Ya no quedarán perdidos en el olvido de los siglos, los más penosos trabajos de la actividad humana; los hechos, así tan memorables como los de Alejandro Magno, ó la gigantesca construcción de altas pirámides amasadas con sangre de esclavos, como las prolijas observaciones del solitario pastor y astrónomo, pasarán al depósito del humano saber, y los rudimentales progresos de las ciencias y de las artes irán creciendo y desenvolviéndose como grano fecundo de santa bendición, y el arbusto de débil y movedizo tallo irá tomando cuerpo, hasta resistir á las impetuosas corrientes de los vientos.

La creciente actividad humana, aprovechando las antiguas enseñanzas, combinando los planes de lo porvenir con la laboriosa apli-



cación de los siglos medios, contemplantos á la vez, como en un mapa, los progresos logrados en América, en Asia, en la Oceanía, en la vieja Europa y hasta en las solitarias arenas del Africa, llegará á formar esa síntesis del saber que ilumina al presente, y hace presagiar la idea de un porvenir risueño y lleno de esperanzas.

Ni el heroísmo, ni la virtud, ni el progreso de las ciencias y artes, tienen ya una cuna reducida ni una patria de estrechas fronteras; su cuna y su patria son las regiones de todo el mundo: así se admira y ennoblece la piedad del tosco árabe, como el valor del africano, la constancia del germánico, la idealidad del oriental, como el saber del europeo; así se estiman los progresos de éste, como los trabajos del hijo de las tribus más apartadas y embrutecidas, recogiendo las manifestaciones todas de la actividad humana, para que sirvan de un grano más de arena cada día en la obra lenta, pero admirable y segura, de la civilización santa.

Las ciencias todas recogen á su vez, centuplicados en el estudio armónico de la Historia, los progresos y hechos con que la auxilian; la teología, la física, el derecho, la economía, la anticuaría, la numismática, la heráldica, las artes, la navegación, la industria, todo el saber humano, en fin, y aun el revelado, hallan en la Historia su comprobación, su desarrollo, su gigantesco vuelo, tan grande, tan variado, tan nuevo, tan sublime, que al contemplarse en sus triunfos presentes y en sus esperanzas ciertas del porvenir, el pensamiento humano, ante la contemplación de tantas grandezas, bendice lleno de júbilo al autor del hombre, y al hombre como autor de tantas maravillas.

Quien no reconozca estas grandezas, quien aminore las obras y los progresos del presente, del porvenir, narrados é iniciados en las páginas históricas, no ha parado seguramente su atención en las lágrimas vertidas

para conquistar tantos triunfos y progresos, como la misma Iglesia bendice, como Dios seguramente premia y recompensa ya á muchos de sus autores. Ciertamente que la ciencia racionalista é impía, negando á Dios, confundiendo su esencia con la materia y trastornando el mundo moral, narra todas estas grandezas en la Historia, con torcido pensamiento, con sacrilega mano, con nefanda intención, haciendo surgir la idea de ese bárbaro, tiránico y herético progreso, condenado por la infalible sabiduría de la Iglesia, y valiéndose al par de la Historia como cómplice en todas estas maquinaciones; pero la ciencia cristiana, lejos por esto de apartarse del camino de la civilización, se muestra entusiasta del reinado del porvenir, y confiando en nuevos triunfos, en nuevos progresos, en nuevas obras del pensamiento humano, contribuye y contribuirá á ellas narrando, para premio de los buenos, para aliento de los débiles y ejemplo memorable de la grandeza humana en lo porvenir.

Ante tan maravilloso espectáculo, ante una ciencia que resume y compendia todo el movimiento de la vida, la Historia toma un carácter tan elevado, que se siente el ánimo impulsado á considerarla como la madre cariñosa de la humanidad, más bien que como maestra de la vida.

No declinemos, pues, en esta jornada: cooperemos todos, así los sábios como los entusiastas del saber, á ir formando ese bello y gigantesco monumento dedicado á los progresos realizados y á los felices triunfos de las ciencias y las artes; reunamos en un solo pensamiento las manifestaciones de los hijos y sábios de unas y otras naciones, de uno y de otro hemisferio, como leyendas religiosas, como confesiones de la humanidad, como palabra de nuestro Padre, que todos somos hijos de un Padre y herederos de su reino, si con recta intención realizamos su ley en los días de peregrinación, ley que se desarrolla en la Historia, salvando siempre la hermosa prerogativa de la libertad humana.